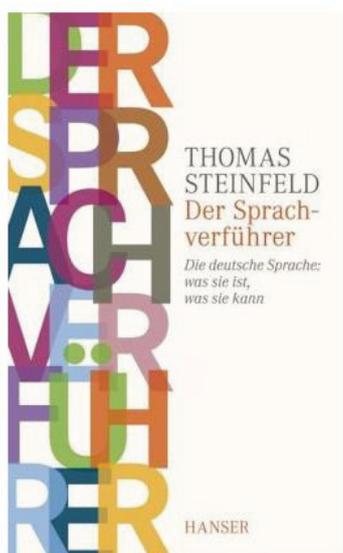


Juegos de palabras: dar en el clavo

Miguel Turrión*

Thomas Steinfeld (2011): *Der Sprachverführer. Die deutsche Sprache: was sie ist, was sie kann*, 6.ª ed. München: Carl Hanser Verlag GmbH & Co. KG; 272 páginas. 1.ª ed.: 2010. Lengua: alemán. ISBN: 9783446234161.



Juego de palabras entre *Sprachführer* (guía de conversación) y *Verführer* (seductor). Algo así como «El seductor por la palabra: lo que es y lo que sabe hacer la lengua alemana».

Thomas Steinfeld, germanista, trabajó cuatro años como profesor invitado en el departamento de lengua alemana de la Universidad de Montreal, cruce de caminos de la cultura francesa, la angloamericana y otras. El actual redactor principal de la sección cultural del periódico *Süddeutsche Zeitung* y profesor de la Universidad de Lucerna reflexiona, en treinta y tres breves capítulos, siete secciones y dos excursos, sobre el estilo en el lenguaje. Glosa momentos estelares del alemán escrito, como la traducción que hizo Lutero de la Biblia o la literatura del *Sturm und Drang*, y también momentos inefables de la burocratización del idioma por la administración del Estado. Y sus ideas son extrapolables a cualquier lengua.

Es consciente de que la literatura ya no ocupa actualmente la posición central cultural y social que tuvo otrora, sino que su antigua función se reparte entre diversos medios, como los periódicos, la televisión o, más recientemente, las computadoras, los *blogs* o el teléfono móvil, «que ya hace mucho que sirve también para escribir». Sin embargo, este fenómeno lo

comenta más bien tangencialmente: la ausencia de corrección formal, la mimesis con la lengua hablada, la escritura «ritualizada» incluso de las presentaciones típicas de *Facebook* o de *My space*, o la escritura «ceremonial» de lo administrativo, lo laboral o lo político.

En varios capítulos da un repaso histórico al lenguaje como vehículo de cultura. Presenta la variopinta situación lingüística del mundo germánico en el siglo XVII (la nobleza habla francés, los estudiosos, latín, la corte escribe un «alemán de cancillería», los ejércitos se entienden en un pangermánico con muy diversos aportes, el pueblo tiene sus dialectos...) y cómo, en esa situación, la empresa faraónica de traducir a Shakespeare requiere una cultura lingüística que todavía no existe. Describe asimismo cómo en el siglo XVIII los intercambios epistolares y las obras literarias, muy particularmente las teatrales, contribuyeron a que surgiera una lengua alemana renovada y se propagara por todo el territorio. Y cómo para ello fue necesario («la función crea el órgano», enseña la medicina) que hubiera un «público»:

Muchas personas que comparten la necesidad de una lengua nueva, distinta, sin por ello formularlo; personas que tienen conciencia de los necesarios esfuerzos individuales y que los aprecian, incluso aunque vayan en direcciones encontradas. Solo en esas condiciones pudo tener tanto éxito la lengua de *Werther*: no era preciso querer compartirla para comprenderla, pero daba paso a algo nuevo, que sí se deseaba.

Un capítulo que considero de particular interés para los lectores de *Panace@* es el del alemán de la ciencia, y cómo esta lengua fue puntera en algunos ámbitos durante todo el siglo XIX y principios del XIX. Fue la lengua de la filosofía, concretamente del idealismo especulativo, de la filología clásica, de la historia general y de la historia de la antigüedad; de la teología y la economía; de los principios de la sociología. La lengua del psicoanálisis («Freud escribió en un alemán claro, vivo y preciso, sin pretender hacerse el experto y sin jerga»), de la física y del marxismo.

Sin embargo, a nivel internacional el alemán solo fue lengua de la ciencia en unas pocas disciplinas, y su situación en el siglo XIX no puede compararse con la del inglés en la actualidad: que este sea hoy la lengua internacional de la ciencia tiene muy poco que ver con el inglés como lengua de cultura y con su tradición literaria, mientras que el nexo entre la ciencia y el alemán era precisamente el carácter de lengua de cultura de este idioma.

Dedica el autor unas palabras irónicas a las distintas expresiones de la corrección política, cuando, en lugar de estudiar y resolver las contradicciones o las desigualdades, se las

* Traductor de la Comisión Europea. miguel.turrion@ec.europa.eu.

convierte en simple conflicto de reconocimiento. Por ejemplo, de la mujer:

Aunque a las mujeres no les esté yendo mejor que hace veinte o treinta años, de lo que sí pueden estar seguras es de que ahora las van a nombrar específicamente junto a los hombres (las estudiantes, las colegas, las votantes, las clientas, las conductoras) como si ya se hubieran colmado todas las carencias simplemente por prestar una atención meramente formal a las interesadas.

Muy ameno es el capítulo sobre la estructura de las frases, las oraciones subordinadas, y cómo una construcción difícil,

pero bien estructurada, puede no ser sinónimo de dificultad de comprensión.

El amor de Steinfeld por la lengua es contagioso, y también su convicción de la importancia capital que tiene el modo de expresarse: «La manera de hablar y de escribir forma parte de lo más íntimo de cada persona. El lenguaje desvela mucho más de ella que su cara o su ropa». Algunas de sus hermosas aseveraciones rozan la filosofía: «Expresarse bien es mucho más que vestir un pensamiento preexistente con la frase más adecuada. Cuando se acierta con esta, la forma se desvanece en el contenido».

En resumen: lectura obligada para lingüistas que trabajan con el alemán, y recomendada para quienes se interesan por estas cuestiones.

